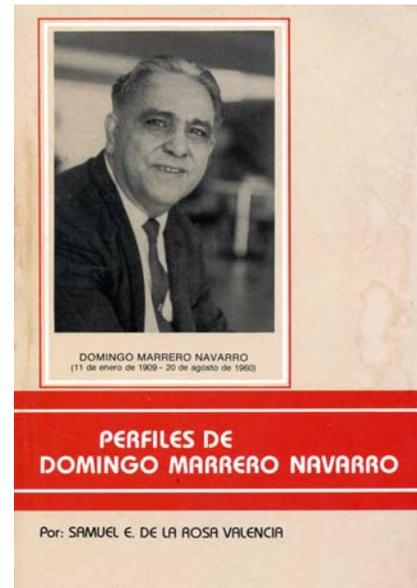


Introducción a la Colección

¿Cómo llegaron los documentos del Prof., Rvdo. Domingo Marrero Navarro al Recinto Metropolitano de la Universidad Interamericana de Puerto Rico?

Brevemente dicho, los documentos del Prof., Rvdo. Domingo Marrero Navarro llegaron a nuestra Institución por razones académicas. El Recinto Metropolitano de la Universidad Interamericana de Puerto Rico alberga un programa doctoral único en su clase. Se otorga un grado doctoral (Ph.D.) en la especialidad de Educación Cristiana o en teología Pastoral. Esto quiere decir que, para llevar a cabo su disertación doctoral, el estudiantado necesita investigar los documentos primarios sobre el tema en cuestión.

Con este fin, nuestro Centro de Estudio e Investigación de la Fe Cristiana en Puerto Rico, se ha dado a una tarea especial. Se está haciendo un esfuerzo por contactar las personas e instituciones que poseen colecciones de documentos de autores y autoras puertorriqueños/as para digitalizar los mismos. El fin del esfuerzo se hace evidente a la altura de este párrafo. Se intenta hacer accesible en el Internet el mayor número posible de documentos de nuestros/as autores/as para que nuestro estudiantado, el público en general y la académica en particular, puedan llevar a cabo sus proyectos de investigación.



Lo antes dicho comienza a explicar la razones por la cual el Lcdo. Samuel de la Rosa Valencia ha tenido la gentileza de permitir que una porción de la colección que posee de documentos relacionados a la obra de Domingo Marrero, aparezcan en esta sección. Con esta donación, “Samuel” como se le conoce cariñosamente, logra una de sus metas. La de perpetuar la memoria de Domingo Marrero Navarro, uno de los más prominentes ensayistas de su época; con quien compartió numerosas experiencias en pulpitos, convenciones, la página escrita y su sobre todo, amistad personal.

Del ensayista Domingo Marrero se ha hablado mucho. Un ensayo importante es el de José Ferre Canales, titulado, “Perfil del ensayista Domingo Marrero Navarro,” publicado por la Revista de Estudios Hispánicos en 1971. Reproducimos el mismo con el debido permiso de la Revista.

Revista N^{os.} 3-4 de estudios hispanicos

COLABORADORES DE ESTE NUMERO:

MARGOT ARCE DE VAZQUEZ

EDGAR AVILA ECHAZU

CLEMENTE AIRO

JOSE FERRER CANALES

ANGEL LUIS MORALES

JULIA CORDOVA DE BRASCHI

DAISY CARABALLO VDA. DE ABREU

CARMEN D. HERNANDEZ DE TRELLES

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO FACULTAD DE HUMANIDADES

1971

PERFIL DEL ENSAYISTA DOMINGO MARRERO

José Ferrer Canales

NUESTRA América reflexiona, en gran medida, sobre su agonía y su esperanza, sobre sus conflictos y problemas en ese género literario que funde en maridaje perfecto, la lírica y la didáctica, el hallazgo de la gracia y la profundidad del pensamiento: el ensayo. En él Nuestra América encara, a veces usando la palabra encrespada, sus históricas lacras sociales, y otras, con temblor y belleza, describe el vuelo de su imaginación. En el ensayo se revela realmente lo que nos enseñara el *mexicano universal*, Alfonso Reyes: cómo "la inteligencia americana está... avezada al aire de la calle (y cómo) entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil". Y las palabras de Mario Vargas Llosa, pronunciadas bajo el cielo de Caracas, "la literatura es fuego...", es una forma constante de insurrección permanente" definen, para mí, gran parte de la creación ensayística iberoamericana.

Puerto Rico, hoy colonia de Estados Unidos, a pesar del "pomposo y retórico nombre" de Estado Libre Asociado, pueblo sin soberanía, pero en búsqueda de su total libertad y de amplios horizontes de cultura, ha expresado esa agonía que es lucha y forcejeo, en la palabra lúcida, vibradora y patriótica de sus mejores vigías y ensayistas, desde el Dr. Manuel A. Alonso, clásico autor de *El Gíbaro* (1849), otros hombres del siglo XIX, entre los que aparecen el patriarca y profeta de nuestra nacionalidad, Dr. Ramón Emeterio Betances, y esa cumbre y vida de epopeya moral que es Hostos, hasta el profesor universitario y escritor que nos lega *Insularismo*, Antonio S. Pedreira, el prosista e historiador Tomás Blanco y sus contemporáneos. Pedreira, Tomás Blanco, las doctoras Margot Arce de Vázquez y Concha Meléndez, José A. Balseiro, María Teresa Babín, Nilita Vientós Gastón, Vicente Géigel Polanco, Josemilio González, Manuel Maldonado Denis, entre otros, representan el ensayismo puertorriqueño, cuya evolución y matices podemos estudiar en el libro *Búsqueda y plasmación de nuestra personalidad* de la Dra. Mariana Robles de Cardona. Leyendo a éstos y otros puertorriqueños, reafirmamos la tesis enunciada por el pensador hispánico José Gaos al describir el carácter radical del pensamiento hispanoamericano como "una pedagogía política por la ética y más aún la estética", como "una empresa educadora formativa".

Domingo Marrero Navarro (1909-1960) catedrático, teólogo, abogado, prosista, aporta al ensayismo nuestro la perspectiva de temas filosóficos, pedagógicos, sociales y literarios, con una maestría, con un tono y un estilo que hacen de él una de las principales figuras de las letras puertorriqueñas. He expresado, a raíz de la muerte del noble humanista y profesor universitario, lo que él significó para los jóvenes de mi generación: era a modo de un José Enrique Rodó, menos esteticista que el sabio meditador de *Ariel* y *Motivos de Proteo*, y nutrido de un mensaje social y humano, adecuado a las demandas de nuestra crítica época histórica y a las dramáticas circunstancias isleñas. Marrero era un maestro de palabra elocuente, un patriota, dentro de la tradición de Hostos, Betances y José de Diego, la que busca el logro de la soberanía del pueblo, en la independencia nacional. Era un maestro de juventudes, un tallador y pastor de almas. Pensador, algunas de sus palabras nos acercaban más a Jerusalén que a Roma. Honró la cátedra, el púlpito, la Universidad y la patria. Lo humano, cordial, afectivo, y el humanismo cristiano tuvieron en su acción y en su pensamiento, un símbolo. Pude haber dicho, rememorando las frases con que José Martí cierra su ensayo sobre el egregio venezolano Cecilio Acosta: "¡Y cuando él alzó el vuelo tenía limpias las alas!"

Sobre el ensayo escribió el mismo Marrero: "Género anfibio que oscila entre la seriedad del tratado y la ligereza del artículo periodístico... tiene que cuajar talento, calidad poética, humor, todo ello movido de la dinámica de un estilo personal".

Esa definición cristaliza en realidades en el libro de Marrero *El Centauro: Persona y pensamiento de Ortega y Gasset*, que elogian el sociólogo José Medina Echavarría y los críticos Luis Hernández Aquino, Francisco Manrique Cabrera y Raúl Roa. El libro es un prisma en que Marrero nos da su visión del filósofo y de la figura humana de Ortega, una obra en que podemos seguir las etapas y rutas de quien, desde su cátedra de metafísica y en valiosos ensayos, fue elaborando su concepto del perspectivismo, de la cultura como sistema de ideas vitales, su interpretación del arte deshumanizado y, entre otros, su criterio polémico sobre las masas. Nos interesa, sobre todo, lo que el humanista puertorriqueño nos dejó de sí, sus razones cuajadas, hechas sentimientos.

Ve al filósofo español junto a Unamuno en la tarea de esclarecer la constelación de ideas fundamentales del tiempo histórico en que vivían esos dos pensadores. Estima que nunca, desde la Academia griega —e incluye a Henri Bergson— la filosofía había hablado una lengua más poética que en Ortega. Pero Marrero, que ama entrañablemente al auténtico pueblo español, al del dramaturgo y poeta García Lorca, al del lírico y estoico Antonio Machado, al juzgar a Ortega frente a la problemática esencial planteada durante la Guerra Civil Española, afirma que hay en éste "falta de sensibilidad para el dolor del pueblo, para la agonía de la masa obrera". Cree que aquella era una hora española que exigía —afirma— "vétebra viril y no racionalismo embalonado". (¡Cuán cerca sentimos a Marrero del alma señora, del indí-

gena inmortal, justamente reverenciado, el poeta de *España, aparta de mí este cáliz*, para quien "todo acto o voz genial viene del pueblo", el cantor del proletario que "muere de universo", César Vallejo!)

Los comentarios de Marrero sobre Ortega, Nietzsche, Kant, Dilthey, sobre la subestimación de *Personas, obras, cosas*, debido acaso a su estilo de juventud, sobre la madurez revelada en las *Meditaciones del Quijote* —una de las cuales, cree con Gaos, podría titularse *Ensayo de una teoría de la realidad y la filosofía*—, evidencian la independencia de juicio con que nuestro Marrero se acerca a los problemas filosóficos, históricos, estéticos.

Leyendo a nuestro escritor, lo sentimos más en armonía con el alma de Unamuno —religiosidad, hambre de inmortalidad, intuición, preocupación por lo humano—, que con la de Ortega —método, razón vital, deshumanización. Al aludir por contraste, a estos dos pensadores, al vasco-salmantino y al madrileño, al de las paradojas y al de las metáforas, recordamos que, para el puertorriqueño, Galdós y Giner fueron los dos hombres "más agónicos y finos, espiritualmente hablando, de todo el siglo XIX español". En *El Centauro* dejará Marrero huellas de su interés por otros temas que le son muy caros: la filosofía, la religión —cita a Isaías y al Maestro de Nazaret, los líricos *Salmos* de David y las *Epístolas* de San Pablo. Alude a las limitaciones de la razón y la ciencia, a la persona humana, a la paradoja del hombre finito con aspiraciones infinitas, al arte, parte de cuya claridad y revelación viene de una zona transracional, al krausismo español, al refranero, a la mística y al estoicismo senequista.

A propósito de *La rebelión de las masas*, comenta con agudeza nuestro ensayista: "se puede fácilmente confundir ese ir y venir de unas multitudes que a los ojos desinteresados... del Espectador constituyen una comunidad masa, cuando en efecto, en esas masas está una burguesía que explota y un proletariado explotado". Y juzga que el concepto orteguiano de *masa* es impreciso, injusto y "ajeno a la realidad". Quería Marrero que las verdades del hombre de la calle hubiesen llegado hasta el ámbito del profesor de metafísica.

La prosa de nuestro escritor es conceptual, cargada de significación y sugerencias. Y la idea y la belleza formal se aúnan para darnos en él a otro ensayista que, por la hondura de su pensar y por la calidad estética de su estilo, pertenece a esa estirpe de creadores y meditadores que la crítica denomina *pensadores-poetas*.

El acento hasta aquí puesto en una obra dedicada a Ortega y a temas y problemas de la cultura ecuménica y general, no ha de entenderse como que nuestro escritor puertorriqueño no pone énfasis en los valores autóctonos, nacionales, antillanos, iberoamericanos. Porque él vivió muy atento a las palpitaciones del alma de Nuestra América. Un poco de atención a algunas fuentes de Marrero nos revela cuán profundamente conocía la obra de Samuel Ramos, Alfonso Reyes, Leopoldo Zea, y Jaime Torres Bodet, mexicanos; Francisco Romero, Aníbal Sánchez Reulet, R. G. Giusti, y Victoria Ocampo, argentinos; los cubanos Medardo Vitier y Félix Lizaso; Francisco García Cal-

derón, el arte de José Asunción Silva, la moral y la sociología hostosianas. Aplaudió en Edgar S. Brightman su atención al desarrollo de la filosofía hispanoamericana. Seguía, además, con el mayor entusiasmo, los esfuerzos de empresas de cultura como *Repertorio Americano*, bajo la rectoría moral y espiritual de D. Joaquín García Monge; *Cuadernos Americanos*, la noble y abarcadora tribuna del continente, expresión, en gran medida, del heroísmo intelectual y ético de D. Jesús Silva Herzog; *Cursos y Conferencias*, *Atenea* y *Asomante* (ahora llamada *Sin Nombre*, siempre amparada y orientada por el dinamismo, heroicidad e inteligencia de Nilita Vientós Gastón). Dejó también, entre otros ensayos inéditos, *Estudios de literatura venezolana: claroscuro en la lírica de Otto D'Scola*.

Ocupó varias veces la tribuna cívica para esclarecer su credo de soberanía nacional y para convocar a sus compatriotas a oficiar ante el ara de la libertad. Entonces fue también fiel a un aspecto de la tradición que encarna esa constelación de hombres extraordinarios, el núcleo heroico del Libertador y sus abanderados, con San Martín, Juárez, Martí —para fijarnos sólo en algunas cúspides—, los que predicán la libertad, la cultura y la esencial y necesaria unidad del continente.

Inscribimos el nombre de Marrero junto al de aquéllos que han defendido el ideal de *Patria de la justicia*, propuesto por aquel humanista, sabio y Maestro de americanidad, "nuestro Sócrates" como lo llamó Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña. Simbólica de esa faceta del pensamiento de Marrero es la dedicatoria a *El Centauro*: "A mis hijos —escribió—, con la esperanza de que mantengan encendida la tradición hispánica en nuestra América como la lumbré sobre el celemín". Alude así a *Nuestra América*, aquélla que vimos definida, defendida, ennoblecida y transfigurada en la palabra del angélico y heroico Martí, *como luz y como hostia*, y que, ara de nuestra esperanza, la Universidad con su profesorado y su alumnado, los obreros, y el pueblo todo han de hacer realidad de decoro, justicia, entre libertad y cultura.

En *Meditaciones de la Pasión* Marrero evoca a Bolívar en San Pedro y a Martí en la consagración y el sacrificio de Dos Ríos, Oriente, Cuba, y medita sobre el martirologio del abolicionista y libertador puertorriqueño Lic. Segundo Ruiz Belvis, quien muere en Chile "mientras la carne de sus sueños patrióticos estaba ausente".

Escribió un ensayo *Los fundamentos de la libertad* donde se plantea los temas de la relación del hombre y la violencia, la verdad y la libertad, el nacimiento de una sensibilidad nueva, el espíritu como forma de la libertad y ésta en su íntima vinculación con la democracia. En la parte final de ese ensayo, de tan hondas resonancias para nosotros, con voz clara, elocuente y directa, Marrero condena la colonia y toda forma de colonialismo: "Condono todo colonialismo, todo régimen de explotación y toda encarnación de discrimen porque es una falta de respeto a la persona y retrasa los esfuerzos por crear un mundo más digno".

Revela fe en nuestro pueblo y expone:

A pesar de todo... nuestra tierra afirma en diversas expresiones de su cultura su existencia nacional. Aquí hay un pueblo con conciencia y personalidad definidas que pugna a través de múltiples peripecias por estructurar un nuevo orden político y económico que le permita una decorosa y fructífera vida de convivencia americana e internacional...

Expresa cómo la patria desea "ofrecer el aporte autóctono a las formas vivas de la cultura de hoy". Y se acerca a la juventud con este llamado: la patria "necesita espíritus generosos que desinteresadamente vayan encarnando por nuestros valles y montañas los verdaderos fundamentos de la libertad. Levantaos y atreveos a ser libres. Levantaos pues, e id en paz". Son clarinadas que nuestro pueblo no puede ni desoir ni olvidar.

No desearía dejar de citar estos breves aforismos que nos llevan a la raíz misma, al punto de partida de la perspectiva personalísima, que aquí no podemos dibujar, de nuestro autor:

La única satisfacción eterna... llega como resultado del sentido de una vida que ha cumplido su misión cósmica. Sólo cuando nos sentimos instrumento de amor, de creación y de vida brilla en nuestras almas la luz que ninguna tormenta puede apagar.

Domingo Marrero fue un pensador puertorriqueño, con un conocimiento profundo, vertical y horizontal de nuestra cultura. Tallador, escultor de almas, con su magisterio moral y su sensibilidad estética y cívica, ennobleció a nuestra juventud y enriqueció la historia de nuestra patria. Por su formación, por su orientación, por su prédica en nuestra lengua que dominó en sus múltiples claves, por las nobles virtudes de su personalidad, su dignidad y su humanismo, nuestro escritor fue símbolo de nobleza puertorriqueña e iberoamericana y maestro de juventudes. Y su voz se inmortalizó en el ensayo que, en la clasificación del crítico Estuardo Núñez llamaríamos "ideológico o afín a la filosofía", y que es, tanto en términos de M. Picón-Salas "puente entre imágenes y conceptos", como, usando frases precipitadas de Vargas Llosa, "una forma constante de insurrección permanente".

BIBLIOGRAFIA MINIMA:

1. Gaos, José, *El pensamiento hispano-americano. Notas para una interpretación histórico-filosófica en Pensamiento de lengua española*, México, Stylo, 1945, p. 90.
2. Henríquez Ureña, P., *Patria de la justicia en Ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Raigal, 1952, p. 28-32.
3. Marrero, Domingo, *El Centauro: persona y pensamiento de Ortega y Gasset*, San Juan de Puerto Rico, Imprenta Soltero, 1951.

4. —, *Los fundamentos de la libertad*, Río Piedras, Puerto Rico, Colegio Hostos, 1949.
5. —, *Meditaciones de la Pasión*, Río Piedras, Puerto Rico, Seminario Evangélico, 1950, p. 22, 26.
6. Núñez, Estuardo, *Proceso y teoría del ensayo*, Revista Hispánica Moderna, 1965, XXXI, nº 1-4, p. 357-364.
7. Reyes, Alfonso, *Notas sobre la inteligencia americana en Ultima Tule*, México, 1942, p. 137-138.
8. Robles de Cardona, Mariana, *Búsqueda y plasmación de nuestra personalidad*, Barcelona, Rumbos, 1958.
9. Vargas Llosa, Mario, *La literatura es fuego*, Mundo Nuevo, París, 1967, nº 17, p. 92-93.